

El Pícnic al Cel se convierte en una oferta gastronómica para cenar los martes de verano con Barcelona a los pies de los comensales

El teleférico de Montjuïc se transforma en restaurante



ROSER VILALLONGA

Pícnic al Cel. Cena en el cielo, decenas de metros por encima de la ciudad, en una cabina que se mueve despacio

XAVIER MAS DE XAXÀS
Barcelona

El funicular de Montjuïc hace horas extras los martes de este verano. Después de su larga jornada de trabajo transportando turistas arriba y abajo de la montaña, a las nueve de la noche, su habitual hora de cierre, sigue dando vueltas y, además, sirve un picnic de tres platos y alguna que otra cerveza.

La culpa de este pluriempleo la comparten la cervecera Moritz y la revista *Time Out*, y los beneficiados son todos aquellos que deseen una cena en las alturas, con vistas a todas partes y dosis al gusto de juerga o romanticismo.

El funicular fue inaugurado hace un año, después de que el viejo estuviera más que amortizado. Cubre el trayecto entre la avenida Miramar, encima de la estación superior del funicular, y el castillo. El recorrido es muy corto. Apenas llega a los 752 metros. El desnivel es de 85 metros. No se emplean más de ocho minutos en cubrirlo, tiempo excesivamente corto para una cena.

Los organizadores, sin embargo, han conseguido reducir la velocidad al mínimo para que, aproximadamente, se tarde un cuarto de hora en subir y otro en bajar. La cena se completa con dos vueltas, una hora y un poco más de viaje en una cabina pensada para resistir de todo, pero nun-

ca concebida como restaurante privado. Los comensales deben presentarse a las nueve de la noche en la estación del funicular. Previamente habrán reservado su plaza en la tienda Goulaffres de la calle Londres (93-414-67-88). El precio por persona en una cabina de seis es de 40 euros más IVA. La pareja que no desee compartir la cabina deberá pagar 160 euros más IVA, y las ventanas no son opacas.

El servicio es atento y la comida correcta. La experiencia arranca con puntualidad suiza. Llega la cabina, las puertas se abren automáticamente. Hay una mesa anclada en el centro, con una vela y tres pequeños manteles. La primera subida al castillo sirve de aperitivo: aceitunas y patatas, cerveza con y sin alcohol, agua para quien la desee. La ciudad parece bastante oscura. Al llegar arriba, se abren las puertas, entra una bandeja con tacita de gazpacho, ensalada de queso de cabra y coca de recapte. Un músico canta bossa nova con una guitarra sentado en un taburete. De bajada hay una parada intermedia en el mirador del Alcalde y la cabina es provista de más aguas y cervezas. El segundo plato es un confit de pato con peras y se sirve en la estación inferior. No hay tiempo para bajar. Las urgencias urinarias no pueden aliviarse. Hay quince minutos para comerse el pato, pues en lo más alto de la montaña, junto al músico brasileño, aguarda la brocheta de frutas. La fiesta, bautizada como Pícnic al Cel, acaba con los sentidos bastante satisfechos.●